



¿Gente resiliente en un Planeta resiliente?

Antonio Serrano Rodríguez
Ingeniero de Caminos Canales y Puertos
Economista
Catedrático de Urbanística y Ordenación del Territorio. Universidad Politécnica de Valencia
Presidente de FUNDICOT

Madrid, 16 de febrero de 2012

Con el título de “Resilient people, Resilient Planet” y el subtítulo de “A future worth choosing” (un futuro que vale la pena elegir) se ha presentado el informe del Secretario General de Naciones Unidas basado en el trabajo de un Panel de alto nivel sobre Sostenibilidad Global.

El documento, que puede descargarse, en inglés, de www.fundicot.org, pretende ser una actualización y reflexión sobre los logros y avances en el “desarrollo sostenible”, asumido formalmente “urbi et orbe” por partidos, gobiernos e instituciones de todo el mundo, pero todavía muy lejos de ser la práctica habitual ni el objetivo real de la inmensa mayoría de Gobiernos del planeta.

Este Informe entronca en un doble sentido con el por todos conocido como Informe Brundtland (Nuestro futuro común. ONU 1987), en primer lugar, porque es en él en el que se establece y define el concepto de “desarrollo sostenible”; y, en segundo lugar, porque la autora del señalado Informe (Gro Harlem Brundtland) también ha formado parte de los 22 expertos seleccionados a nivel mundial por el Secretario de Naciones Unidas para elaborar el actual documento. De hecho, el Panel de expertos de alto nivel, según se recoge en el Anexo II del documento, ha estado copresidido por los Presidentes de Finlandia y Sudáfrica, e integrado por presidentes, primeros ministros, ministros, o expertos de alto nivel que han desempeñado cargos de gestión administrativa de alta responsabilidad. Una de esas 22 personas consideradas de relevancia mundial por el secretario General de Naciones Unidas, he integrada en el Panel, es Cristina Narbona, que ha sido una de las participantes en las dos reuniones celebradas para exponer y explicar los contenidos del Informe, los días 13 y 14 de este mes de febrero, a las que he tenido oportunidad de asistir.

El Informe consta de seis capítulos y seis anexos que, en un total de 99 páginas, pasa repaso a los progresos (o más bien a la falta de progreso) para avanzar hacia el desarrollo sostenible, estableciendo un total de 56 recomendaciones para avanzar en esa dirección: 26 para empoderar a la gente para que realice elecciones sostenibles; 13 para avanzar en una economía sostenible; y 17 para reforzar la gobernanza institucional.

No es el objetivo de este artículo el realizar un resumen del Informe, aunque necesariamente he de referirme a los contenidos del mismo, sino abordar, con crítica constructiva, sus contenidos fundamentales e incorporar, igualmente, las reflexiones que pueden derivarse de los dos coloquios mantenidos en la Presentación y Mesa Redonda sobre el Informe, a los que he tenido la ocasión de asistir, y que han sido de muy distintas características: uno dirigido a la prensa y con público reducido y por invitación, y otro, en la Facultad de Económicas de la Universidad Autónoma de Madrid, con mucha más asistencia, mucho más joven y con muchas peticiones de preguntas que no pudieron ser satisfechas.

La primera reflexión parte del desaliento que puede significar el que el Informe reconozca que los avances hacia el desarrollo sostenible después de 25 años del Informe Brundtland han sido muy escasos y reitera, cuarenta años después, análisis y conclusiones ya presentes, en lo fundamental, en el Informe del Club de Roma, o -entre otros muchos informes posteriores hasta hoy en día, de la ONU, la UE, OCDE o distintas instituciones- en el Informe Global 2000 encargado por el Presidente Carter y “convenientemente arrinconado” por el primer Bush, iniciador, junto a la primera ministra Margaret Thatcher de la gran desregulación de los mercados financiero-especulativos que, junto al desmoronamiento de la Unión Soviética y la irrupción de Internet nos permiten hablar de una nueva época -generalizada con la denominación de cambio global- que tiene todos los ingredientes de lo que podría considerarse un cambio en la formación social. Pero que acarrea un tremendo coste en términos socioeconómicos para el conjunto de la población, con un fuerte incremento de la desigualdad social y el empobrecimiento de las clases medias de los países desarrollados. Mientras, los Objetivos del Milenio de Naciones Unidas se van consiguiendo parcial y lentamente, pero a costa de incrementar desmesuradamente las contradicciones entre consumo y recursos disponibles, incrementar la incidencia de las emisiones sobre el cambio climático y reproducir los modelos insostenibles de consumo de los países occidentales en los países en desarrollo.

El Informe se inicia con un primer capítulo dedicado a la Visión del Panel, que empieza con una afirmación desafortunada en mi opinión. Señala que estamos, simultáneamente en el mejor y en el peor de los mundos. En el mejor porque la prosperidad es mayor que nunca, dando por hecho algo que afortunadamente después pone en cuestión, cuando en su recomendación 39 señala la necesidad de avanzar hacia formas más adecuadas de medir el progreso, que seguramente no nos llevarían a afirmaciones tan optimistas de que la prosperidad es mayor que nunca (si lo es el PIB mundial o el número de habitantes, pero es muy discutible que lo sea la prosperidad del planeta).

Tal vez el Informe debiera iniciarse diciendo que ahora el conocimiento y la técnica posibilitarían conseguir un nivel de bienestar y satisfacción generalizados para toda la población mundial, sin distinción, en condiciones que aseguraran la sostenibilidad y prosperidad del planeta; pero, sin embargo, como se deduce claramente de otros apartados del Informe (Box 1) estamos lejos de esa situación.

La organización y las relaciones sociales impuestas por el capitalismo financiero-especulativo dominante (los denominados eufemísticamente mercados), las formas de distribuir el valor añadido generado, la propiedad de los recursos y la sociedad de consumo, nos llevan al mantenimiento de la desigualdad extrema (1% más rico del planeta concentrando cifras de riqueza exponencialmente creciente, e incremento de la desigualdad media mundial en la distribución de la renta de un 20% entre 1990 y 2005); a la pobreza creciente (por encima del 20% incluso en los países desarrollados, aunque, en términos globales se haya pasado de un 46% de la población mundial, pobre en 1990, a un 27%, en 2005); a la muerte de millones de personas por desnutrición (incremento de unos 20 millones de personas desnutridas entre 2000 y 2008) o por enfermedades fácilmente curables; y a la puesta en peligro de la sostenibilidad ambiental del planeta por el cambio climático, la degradación de los mares (85% del stock pesquero sobre-explotado) y del suelo, la pérdida de superficie forestal (del orden de 5,2 millones de hectáreas por año), de biodiversidad y de ecosistemas (dos terceras partes de los servicios proporcionados por la naturaleza a la humanidad están en riesgo), la superación de los umbrales de sostenibilidad asociados al ciclo del nitrógeno y del fósforo, o los riesgos asociados al cambio climático (incremento del 38% medio anual en las emisiones de dióxido de carbono a la atmósfera, que nos llevarán a un incremento catastrófico de la temperatura entre 2,5 y 5 grados para 2020). En última instancia estamos poniendo en cuestión la supervivencia de la raza humana, a largo plazo, en el planeta.

Esta situación, conocida a través de los distintos Informes de la comunidad científica internacional (y, frecuentemente hechos suyos por la ONU) llevan a que el Panel resalte la importancia de comprender las dimensiones del problema (apartado 7) y a que el Informe los trate con una cierta extensión en su segunda parte (Box 1 y apartados asociados). Pero aquí nuevamente se olvida algo fundamental; se señala que “las fuerzas que causan la grave situación actual son los estilos de vida insostenibles, las modalidades de producción y consumo insostenibles y los efectos del crecimiento demográfico”. Se olvidan algunas causas fundamentales que, en mi opinión, son las que tal vez mejor permiten comprender la dinámica histórica seguida en los últimos decenios, como son:

- el fuerte proceso de mundialización de la economía potenciado por internet,
- la implantación generalizada de una filosofía basada en el beneficio económico individual (que los conservadores defienden como paradigma de acción social),
- la subordinación de todo tipo de interés general a la filosofía del enriquecimiento individual como máxima aspiración, a través de la desregulación, en particular en el mundo financiero con la creación de múltiples productos financieros derivados y de la ingeniería financiera subyacente,
- la regresión en los derechos del trabajador de los países desarrollados, tomando como referencia las sociedades menos avanzadas en sueldos y derechos, aduciendo que es necesario para asegurar la competitividad internacional,
- la distribución regresiva e injusta del valor añadido producido, con menor peso de las administraciones públicas para incidir en la cohesión social,
- la propiedad de los recursos y capitales productivos cada vez más concentrados.

Todos estos factores han llevado a la desprotección de los más débiles del planeta y de cada país frente a los agentes con mayor capacidad de intervención productiva y especulativa, que son también, a través de los “lobbies” y del poder de los mercados (control de los tipos de cambio de las divisas), los que detentan mayor capacidad de influencia política sobre los gobiernos de todo tipo (democráticos o no democráticos). La hipertrofia de los mercados financiero-especulativos globales, que siguen rigiéndose por la obtención de beneficios a muy corto plazo, con base en las expectativas de variaciones en los tipos de cambio y en las fluctuaciones de precios de activos y materias primas generados por sus propias actuaciones, es una pieza fundamental de ese proceso, que tiene su complemento en los paraísos fiscales incomprensiblemente respetados incluso en el seno de la Unión Europea (Luxemburgo se define como uno de los tres paraísos fiscales más importantes del mundo por volumen de recursos que en él encuentran cobijo, junto a Suiza y las Islas Caimán).

Aunque de alguna forma la referencia a los aspectos anteriores pueda considerarse implícitamente incorporada en algunas de las observaciones del Informe, éste mantiene una línea fuertemente optimista respecto a la capacidad de las personas de impulsar y lograr el cambio. Sus llamadas a la acción personal y a la capacidad de, entre todos, elegir nuestro futuro, rechazando que seamos víctimas de fuerzas impersonales y deterministas de la historia (y en esto tiene también razón, los responsables máximos de la situación actual tienen nombres y apellidos, o razón social, y están perfectamente delimitados) y haciendo un llamamiento para que entre todos logremos el cambio.

Pero ¿qué mecanismos existen para canalizar ese cambio? ¿La votación electoral cada cuatro, cinco o seis años? ¿La presión en la calle tipo la primavera árabe o el 15M? ¿La revuelta armada cuando interesa a los países que la subvencionan y apoyan? ¿La revolución soviética, cubana, sandinista,...?. Muchos apuntan a los importantes cambios que se han producido en algunos países a partir de la elección de gobiernos que creen en la necesidad de nuevos modelos de desarrollo. Otros señalan las buenas prácticas de países que deberían ser motivo de ejemplo legislativo y de comportamiento (países nórdicos, Canadá, Nueva Zelanda,...). Todos dicen que nuestro futuro hemos de ganárnoslo por nosotros mismos, defendiendo los derechos y los deberes de los ciudadanos logrados, en casos como España, tras muchos años de reivindicación y trabajo, y asegurando la marcha hacia un desarrollo que no sea sólo – y, a lo mejor, ni acaso- crecimiento económico sino mejora en las condiciones de vida y bienestar de las personas, con cohesión socioeconómica y sostenibilidad ambiental. Pero, ¿es esta la evolución seguida?; en la UE y en España, a la vista de las últimas reformas impuestas, evidentemente no.

Como camino a seguir el Informe define como áreas prioritarias de acción las señaladas de, primero, capacitar a las personas para que elijan opciones sostenibles, mediante: cumplir los compromisos internacionales sobre los Objetivos del Milenio (con especial referencia a los derechos humanos y a terminar con la situación desigual de las mujeres); promover la educación (proponen un fondo mundial para la educación que permita conseguir el segundo Objetivo del Milenio) y el empleo sostenibles; favorecer un consumo sostenible; promover la revolución verde; y crear resiliencia en las personas y en el planeta.

En segundo lugar, trabajar por una economía sostenible centrada en un crecimiento verde, internalizando todos los costes externos en bienes y servicios, regulando los incentivos que permitan la adaptación de las inversiones y las transacciones financieras al desarrollo sostenible, potenciar la financiación para el desarrollo sostenible, y crear un indicador de desarrollo sostenible que permita visualizar los avances en este sentido. Y, en tercer y último lugar, reforzar la gobernanza institucional que incentive la coherencia a todos los niveles, establezca el conjunto de objetivos de desarrollo sostenible a alcanzar en común, informar periódicamente de forma integrada de los avances conseguidos y de los compromisos cumplidos, y adaptar las instituciones internacionales a los objetivos del desarrollo sostenible, creando un Consejo Global para el Desarrollo Sostenible. Recoge, igualmente, un conjunto de “Boxes” con observaciones y ejemplos de “buenas prácticas” hacia la sostenibilidad, que le sirven para reforzar el contenido y viabilidad de sus recomendaciones y que, en todo caso, son de muy recomendable lectura. Y termina con un llamamiento a la acción, con la esperanza de que, a través del Secretario General de Naciones Unidas se trasmita, de arriba a abajo, a todos los Gobiernos las recomendaciones y, tanto en las instituciones y administraciones nacionales como en las internacionales éstas se pongan en marcha y se sigan y evalúen los resultados de esa puesta en acción.

¿Cabe esperar que esta vez sea diferente y estas recomendaciones se cumplan?; difícilmente, y más si los ciudadanos no reaccionamos, de abajo a arriba, para forzar un cambio de modelo y que los inevitables cambios que nos esperan se produzcan a un menor coste socioeconómico para el conjunto de la sociedad, con la adecuada planificación y haciendo recaer los costes de las externalidades sobre quienes las producen.

En todo caso, hay que felicitarse por la realización del Informe y por sus análisis y recomendaciones. Se necesita la información y la justificación de hacia donde es necesario ir y cómo. El desarrollo o lo hacemos sostenible o no será desarrollo. Y una vez más se nos muestra que el modelo de sociedad que tenemos es insostenible. Dada la información, ahora, es el turno de todos y cada uno de nosotros.